

RUBEN DARIO, MASON

Tíldase a Rubén Darío de cultor del paganismo. Adorador de la mitología clásica. Creador de ambientes pompadurescos donde el gozo se esculturaliza o se requiebra en cristales rococós o se desborda en báquicos refinamientos. Sus ambientes parisinos lo sitúan en algún rincón verlainiano donde el poeta, ebrio de voluptuosidades, apura los purpúreos borgoños del placer y el achampanado oro burbujeante, para crear y recrear en sugerencias sensoriales un mundo clásico trascendido y volcado en la estética modernista. Sus sátiros, sus centauros, sus faunos y sus ninfas, campean en su reino mitológico y se mueven rodeados de las musas de su Olimpo modernista. Poeta de evasión, ve escaparse de sus sueños la ninfa del estanque y vésele tras de ella como cisne erecto, perdido por ella en su erotismo, perseguidor de Ledas, poeta lírico, fauno burlado¹.

Alguna vez y cuantas más se habló y se hablará de la espiritualidad de Rubén Darío para contrastarla con su mundanidad, con su erotismo, con su materialismo sensorial, con su regusto por los humanos placeres de los ojos, del tacto, del libar sabroso y del escuchar y sentir los mejores ritmos de la vida. Una vida deseada o deseante, como lo diría Juan Ramón Jiménez, y, naturalmente, ese deseo y ese «deseantismo» en tensión se artesona de tal refinamiento y alteza espiritual, que lo que en el vulgo es materialismo en él nos da la máxima nota de su espiritualidad estética. En la posesión de la materia el poeta se jacta de su previo dominio inmaterial, porque la desnuda, la desmaterializa para gozarla con su parnasianismo creador, el que esculturaliza y crea el poema ante la sorprendente luminuosidad del mármol con suavidades de mujer hermosa. Diríase que su espíritu hubo de trascender la materia y ésta hubo de trascender en su espíritu de esteta iluminado y a la vez atormentado por estar vacilante «entre la catedral cristiana y las ruinas paganas» de

sus dioses clásicos, acorde con la interpretación de su poema «Reino interior», que es como verlo en aire divagante entre las siete virtudes y los siete pecados capitales. Allí su alma reflexiona viéndose como en una encrucijada. Véase entonces pensativo en su lucha interior, en que la «blanca teoría» de la chispa sacra trata de inspirarle luz frente a sus «satanes verlainianos», que le son también atractivos. De ahí nace la bipolaridad del poeta al concebirse como él se concibe:

*Entre la catedral y las ruinas paganas,
vuelas, oh, Psiquis, oh alma mía².*

El perfil de Rubén Darío como lírico mundano y novomundano contrasta con la estampa universal del poeta múltiple, contradictorio en diferentes aspectos según lo anotan críticos y biógrafos. Y es así como podría hablarse de un Darío pagano y de un Darío religioso. Del monje y del materialista. Del demócrata y del aristócrata. Del divino indio y del hispano colosal. Paradigma de la raza conquistada y conquistadora con el arte.

La faceta que sin duda alguna se conoce poco es la de la imagen de un Darío masón. Y, sin embargo, oficialmente se ratifica en un *Diccionario Enciclopédico* la inclusión de Rubén Darío al lado de los grandes masones del mundo a tenor del siguiente dato: «Darío, Rubén (1867-1916), poeta, escritor y fracmasón nicaragüense.» Allí aparece también la noticia de su recibimiento a la masonería efectuada el 24 de enero de 1908. Sobre tal acontecimiento, el doctor Dionisio Martínez Sanz escribió varias crónicas que aparecen en los periódicos *Flecha* y *La Noticia* (Nicaragua), cuya versión fidedigna se transcribe en una obra enciclopédica editada en la Argentina³.

A sabiendas de que Darío fue en su mocedad un rebelde del libre pensar, devoto *a posteriori* de un librepensador de renombre, Juan Montalvo, maestro de maestros, convendría investigar la trayectoria de Darío dentro de sus primeros balbuceos filosóficos. Remitámonos de momento al artículo del profesor Stephen Edmundo Urbanski en que se

¹ Véase «La ninfa» (El Salvador, Ministerio de Educación, 1961), *Azul*, página 24.

² Rubén Darío, *Poesías completas* (Madrid, Aguilar, 1967), pág. 665. No es la primera cita que se hace del poema «Divina psiquis» para ejemplarizar el drama espiritual de Darío, pero el hecho de recurrir a la misma fuente afianza la idea de que se trata de un poema clave en que se pone de manifiesto la dualidad del poeta.

³ *Diccionario enciclopédico*, 29 edición argentina, corregida y ampliada (Buenos Aires, Editorial Kier, S. A.), tomo L. A. O., 1962, págs. 505-506.

establecen investigativamente las relaciones espirituales entre el discípulo Rubén Darío y su maestro de juventud⁴. Así podrá deducirse que el primer contacto que Darío tuvo con la masonería fue a través del sabio polaco José Leonard, al ser éste contratado por el Gobierno de Nicaragua para regentar el Instituto de Occidente, del cual fue alumno Rubén Darío. Dicho profesor, por ser librepensador y masón, creó un caldeado ambiente polémico por sus ideas, desatando la enconada reacción de los padres de familia instigados por los jesuitas. Fue así como surgieron dos bandos entre los que podríamos llamar los «dogmáticos tradicionales y los simpatizantes del pensamiento libre». Darío, que había aprendido sus primeros latines con los jesuitas, tomó parte en la polémica y se puso a favor de su profesor Leonard. Fue cuando el poeta-niño blandió su pequeña espada anticlerical para escribir unos versos contra el Papa y sus famosas décimas de protesta tituladas «El jesuita».

El ser masón parece haber sido una actitud anticlerical y casi todos los masones que protegían a Rubén Darío eran en su mayoría liberales anticlericales. El anticlericalismo de Darío se relata anecdóticamente cuando el joven poeta fue invitado al palacio presidencial de su país, y, acaso para congraciarse con los liberales, que le habían prometido una beca para Europa, recitó, según él lo relata, «una larga serie de décimas, todas ellas rojas de radicalismo antirreligioso, detonantes, posiblemente ateas», por lo cual, al concluir, el entonces presidente de Nicaragua, don Pedro Chamorro, le dijo: «Hijo mío, si así escribes ahora contra la religión de tus padres y de tu patria, ¿qué sería si te vas a Europa a aprender cosas peores?»⁵.

⁴ Edmundo Stephen Urbanski, «Rubén Darío's Teacher, Dr. José Leonard», ponencia de la XIII Conferencia de la M. L. A., Chicago, 1965, publicada por Ohio University Athenes, págs. 18-28. En dicho artículo se confirma que Rubén Darío, a su regreso triunfal a Nicaragua, permaneció con su maestro Leonard en su residencia «La Palacina». En el *Boletín Masónico* de Nicaragua (julio de 1967), número 57, hay un artículo de Dionisio Martínez Sanz titulado «El busto de José Leonard». Se dice allí que «José Leonard, con su verbo maravilloso, tuvo el placer de sembrar ideas libres en Centroamérica; y así lo hizo durante veinticinco años que en ella vivió. Fue profesor en colegios y universidades, y con el doctor y general Rafael Reyes, salvadoreño, fundó logias masónicas en toda América Central».

⁵ Rubén Darío, *Autobiografía* (San Salvador: Ministerio de Educación Pública, 1962), págs. 39-40. Y fue precisamente a su regreso triunfal de Europa cuando Darío se hizo masón, pese a que su primer intento de viajar al viejo mundo como becario quedó fallido por sus famosas décimas anticlericales que poco impacto hicieron en el presidente de entonces, más tradicionalista que los liberales que estimulaban la actitud del poeta.

La masonería, al parecer, dominaba las altas esferas oficiales, en las que el maestro de Rubén Darío tuvo desde el principio vara alta. Fue así como el doctor José Leonard hubo de aprovechar la permanencia en Nicaragua para propagar la literatura masónica. «Su discípulo lee mucho y con interés la atingencia que tiene el ritual masónico con el mundo oculto, y porque los grandes liberales de la época pertenecen a la secreta fraternidad. Como todo lo misterioso, el secreto masónico tuvo para él un atractivo insinuante»⁶.

Es extraño que Darío, en su *Autobiografía*, no mencione ni el acontecimiento que lo vincula a la masonería ni su preferencia por esta sociedad secreta, ni menos las razones que lo movieron a tomar tal decisión. Menciona, con todo, a quien fue «mi profesor», el polaco Leonard, y hasta le dedica una parrafada descriptiva de su personalidad⁷. Es posible que otro educador, el doctor Rafael Reyes, rector de la institución donde el poeta enseñó gramática en El Salvador, hubiera sido masón, ya que a él tuvo que recurrir para que interviniera ante el presidente para lograr superar dificultades políticas y poder salir del Salvador a Guatemala. Se colige, pues, que Darío sabía que su amigo, el educador, tuviese vinculaciones con la masonería cuando dice: «Recurrí a la buena voluntad masónica de mi antiguo amigo el doctor Rafael Reyes, íntimo amigo del improvisado presidente»⁸. Esta circunstancia sirve quizá para deducir que Darío, desde su juventud, sabía del poder de la masonería en sus relaciones con la política.

Quien le inspiró al poeta la idea de hacerse masón es dato que poco se conoce si no se sabe quiénes fueron los mentores espirituales del poeta no ya en el terreno literario, sino en el filosófico; y en este campo del libre pensar y el libre actuar, quien la señaló el camino de la masonería al poeta fue sin duda el gran políglota polaco José Leonard. El fue su maestre y maestro espiritual. Por eso este sabio polaco, que gozaba de reconocido prestigio en Centroamérica, estando cerca de la tumba, tullido y enfermo, se hizo conducir a la Logia en una silla de manos para presenciar la ceremonia en que se consagraba a Darío como miem-

⁶ Edelberto Torres, *La dramática vida de Rubén Darío* (Guatemala: Editorial del Ministerio de Educación Pública, 1952), pág. 32. La connotación de Torres queda confirmada con la lista de presidentes masones, a saber: Máximo Jerez (a quien cantó Darío), Joaquín Zavala, Evaristo Carazo, Adán Cárdenas, José Madrid, José Dolores Estrada, Carlos Solórzano, Anastasio Somoza, René Shick Gutiérrez.

⁷ Rubén Darío, *Autobiografía* (San Salvador: Ministerio de Educación Pública, 1962), pág. 40.

⁸ *Ibid.*, pág. 80.

bro de la masonería de Nicaragua⁹. Años antes también había asistido el profesor Leonard a la celebración de la boda de Darío y Estela, dedicándole elogios al poeta.

¿Cuándo se hizo masón el poeta? Después de varios años de vivir en los diferentes países de América y de Europa, triunfante el poeta como caudillo lírico del movimiento modernista en 1907, el gran Rubén Darío es aclamado en su tierra, Nicaragua, en medio de discursos y palmas apoteósicas. Era el poeta más consagrado del mundo hispánico de entonces. Se le conocía en Francia, en Italia, en Alemania, en Inglaterra, en España y Latinoamérica como a un verdadero emperador espiritual del mundo hispánico.

Como bohemio que había sido y ávido de saber, pudo haberse iniciado con Lugones, como lo sugiere en su *Autobiografía*, en las ciencias ocultas¹⁰ y de ahí pasar a las sociedades secretas. Lo cierto fue que el poeta había tenido ya en el mencionado profesor Leonard a su mentor para iniciarse en la masonería. Y hubo otro poeta nicaragüense, Manuel Maldonado, autor de *Prometeo encadenado*, quien contribuyó a darle ánimo y lo apadrinó para solicitar su ingreso en la francmasonería. Así se presentó tal solicitud firmada por tres de los principales miembros de la Logia Progreso N.º 1 del Oriente de Nicaragua. De acuerdo con los trámites de la votación de la logia, Darío logró por unanimidad el ingreso con bolas blancas y no hubo ninguna bola negra que reprobara su conducta anterior de hombre bohemio, amigo del whisky y del champán y de los dorados faisanes femeninos. Sólo se tuvo en cuenta la genialidad y grandeza de espíritu del poeta epónimo de Nicaragua y del mundo hispánico. Su consagración masónica se llevó a cabo, en consecuencia, la noche del viernes 24 de enero de 1908 y fue el doctor Dionisio Martínez Sanz quien al ser uno de los dignatarios de la logia, encargado del ceremonial, felicitó primero al poeta al cumplirse el rito de tal acontecimiento.

El ingreso en la masonería de Rubén Darío constituyó un acontecimiento internacional, pues al acto asistieron no sólo las más altas personalidades masónicas de Nicaragua, sino también representantes de varios países. Según datos en que se basa este trabajo, las siguientes fueron las personalidades masónicas que se unieron al homenaje de Darío como masón: de Guatemala, el eminente sabio y político don Juan Ponciano y el candidato a la presidencia de la República, general don José León Castillo; de El Salvador, el doctor don Fernando Cornejo;

⁹ Dionisio Martínez Sanz, «Rubén Darío y su iniciación a la francmasonería», *Libro azul de la Resp.*: Logia Progreso N.º 1. Managua, sin fecha, pág. 56.

¹⁰ Rubén Darío, *Autobiografía*, pág. 159.

de Honduras, el ex presidente doctor Policarpo Bonilla; de Costa Rica, los profesores don Virgilio Salazar y don Juan Bautista Jiménez; de España, el doctor Vicente Piners Rubí, Vicente Rodríguez y los profesores don José Robles, don José Blen y don José Gómez. Hubo otros representantes extranjeros, como el norteamericano Nicolás Delaney, el francés Fernando Levy, el polaco ya mencionado José Leonard, los ingleses Carlos Harding y Carlos Overed y los alemanes Ricardo Susmann y Francisco Brockmann ¹¹.

Amigo masón de Darío fue en Nicaragua don Manuel Maldonado, ue era orador, médico, poeta, político de gran importancia, y miembro del Congreso de la República. El doctor Maldonado lo había hecho su huésped de honor y fue él quien presidió el Comité de recepción apoteósica del poeta y quien llevó la palabra ante la multitud. El presencié el ingreso de Darío en la masonería. El fue objeto del siguiente soneto de Rubén Darío, que comienza así:

*Manuel: el resplandor de tus palabras
ha alumínado la montaña oscura
en donde, hace ya tiempo, mi figura
vaga entre el cisne, el sátiro y la cabra* ¹².

Para alejarlo más del sátiro y la cabra, el doctor Maldonado lo estimuló con el ingreso en la masonería, diciéndole: «No debes volver a salir de Nicaragua sin pertenecer a la gran familia.» Y es de creerse también que para alejarlo de esa pesadilla de mujer que era Rosario Murillo, «cabra negra» de su vida, y lograr su separación definitiva por medio de un divorcio legal, Darío se hubo de acoger al poder de la masonería, por medio de la cual pudo lograrse con intervención casi segura del doctor Maldonado y de sus amigos masones, que se aprobará la «ley Darío» en favor del divorcio. Lo que se sabe de cierto fue que los amigos le habían aconsejado, estando él en París perseguido y hostigado por la presencia y el chantaje de la «negra cabra» de Darío, que se trasladase a Nicaragua para lograr el divorcio, lo que consiguió momentáneamente, pero cuando posteriormente hubo un fallo en contra de dicha ley debido a los trucos y habilidades de Rosario, fue un masón, de nuevo su amigo el doctor Maldonado, quien quiso afrontar la situación ofreciendo dinero a Rosario y logrando con el presidente masón de entonces, general Zelaya, que Darío fuese nombrado nuevamente diplomático en España. Darío, por otra parte, ya se había hecho

¹¹ Martínez Sanz, *op. cit.*

¹² Torres, *op. cit.*, pág. 314.

masón después de la recepción que la masonería le había organizado. En la recepción, a decir de Edelberto Torres, «conversa como muy versado en las cosas de la escuadra y el compás, de Hirsam y el templo de Salomón»¹³.

Podría decirse que las vinculaciones de Darío con la masonería en Nicaragua corresponden a figuras importantes como la del profesor Leonard, el doctor Maldonado y el doctor José Dolores Gámez, a quien Darío elogia altamente en su famoso discurso académico del Teatro Municipal, destacándole como «uno de los más eficaces, de los más concienzudos y de los más brillantes investigadores de nuestra vida pasada». Había que investigar más sobre cuáles otros nombres vinculados en esa época al gobierno de Nicaragua pertenecían a la masonería. Lo cierto era que el doctor Gámez era otro masón ilustre. El doctor Dionisio Martínez Sanz, amigo también de Darío, al dar testimonio de la asistencia de Gámez a la ceremonia solemne en que Darío se hizo masón, se refiere a su importancia en los siguientes términos, mencionando al mismo tiempo la delegación que representaba a Nicaragua en aquel acto: «De Nicaragua, el fogoso periodista, apasionado historiador y gran político don José Dolores Gámez, quien era representante del Supremo Consejo Centroamericano de la masonería en el país, y los doctores Rodolfo Espinosa R., Juan Francisco Gutiérrez, *Manuel Maldonado*, Rafael Zenón Rivera, Manuel Reyes Mayorga, Emilio Espinosa R., Francisco López Bravo, etc., y la mayor parte de los miembros de las diferentes Logias de los Departamentos de la República»¹⁴.

Hubiérase pensado que la actitud de Darío al hacerse masón era una forma rebelde de contraponer su anticlericalismo expuesto en su poema «El jesuita» contra las posturas tradicionales del catolicismo de casta. De esa forma podría entenderse su actitud para quienes conciben (cito la prédica de los curas) la masonería como una secta secreta kukus-clanesca, rodeada de oscuras consignas, en que se perfila un gran maestro con cara de rico Lucifer. La imagen del masón en Latinoamérica fue tétrica y peligrosa entre la mayoría de los católicos, y si tuvo prestancia entre los plutócratas dueños del poder, su símbolo del triángulo y la escuadra fueron más temidos que la hoz y el martillo. Ser masón era, por tanto, lo peor en una sociedad de tradición católica y constituía hasta un desafío para la sociedad misma, mayoritariamente clerical.

Contrasta la imagen del masón elaborada por la tradición católica, enemiga de la masonería, con el concepto de quienes han penetrado

¹³ *Ibid.*, pág. 323.

¹⁴ Martínez Sanz, *op cit.*, pág. 57.

más a fondo en el estudio de sus propósitos esenciales, concluyéndose que se trata de un sistema moral, según el credo masón, enseñado por símbolos y alegorías¹⁵.

Ante todo hay que saber que la masonería es una hermandad espiritual y hay quienes la llaman un «arte». Es posible que Rubén Darío, con esa tendencia a desmaterializarse de sus últimos años en su conducta y creencias, concibiese la masonería también como un arte o hubiese comprendido, más que los profundos secretos de su filosofía, la consabida solidaridad espiritual y material de ayuda mutua que las logias dispensan a sus asociados. Y Darío, masón o no masón, fue siempre un espíritu solidario con el mundo social hispánico y buscador al mismo tiempo de una permanente solidaridad humana. Desde este punto de vista, Darío encajaba muy bien en la masonería por su deseo de unirse en la comprensión de las verdades que regulan las relaciones entre hombre y creador en un sincero deseo de superación para llegar a ser una imagen imperfecta y humana del creador que es «la razón básica del ser de la masonería», según artículo del *Boletín Masónico* de Nicaragua.

Al concebirse a un Darío múltiple, pagano, anticlerical y al mismo tiempo profundamente preocupado en su «Mundo interior» a que se refiere su poema, religioso en ciertos episodios de su vida, hay una pregunta que salta a la vista: ¿Por qué se hizo Rubén Darío masón? Para resolver semejante interrogante tendríamos que intuir en la forma cómo Darío concebía la masonería. No era ajeno para él que la masonería estuviese condenada por la Iglesia, habiendo sido condenada papalmente por Clemente II en 1738. No ignoraba sin duda Darío que la divisa de la masonería era la de «Libertad, igualdad, fraternidad». Ni tampoco se puede desconocer que su deseo de fraternidad se expresa en su poema «El hermano lobo», aunque su conclusión hubiese sido la del empirista Locke, «homo homini lupus». ¿Le interesaría más de la masonería su poder, demostrado a través de toda la historia política de España y de Hispanoamérica en las últimas centurias? Es bien sabido que a la masonería han estado vinculados los hombres ilustres del mundo hispánico, y hasta escritores como Jovellanos y Martínez de la Rosa pertenecieron a las logias. No mencionaremos personalidades latinoamericanas, porque daríamos con una lista inacabable. Hubo, ¡quién lo creyera!, hasta obispos masones en el Brasil, actitud inconcebible por ser la masonería una secta condenada oficialmente por la Iglesia, aunque tal actitud pueda entenderse como una protesta o una actitud polí-

¹⁵ ¿Qué es la masonería? *Boletín Masónico*, sin fecha, Managua (Nicaragua).

tica, ya que lamentablemente los jerarcas del catolicismo, en las diferentes nacionalidades, han estado comprometidos con la política. Que si ha habido jerarcas de la Iglesia, liberales o conservadores, de acuerdo con la balanza del poder, también ha habido amigos de masones conservadores, progresistas y revolucionarios.

¿Era Darío un masón revolucionario como lo fueron los comuneros de Castilla? ¿Se puede interpretar su ingreso en la masonería como una actitud rebelde o un acto de distinción o una postura para el logro fácil de mecenazas oficiales, soportes de su tarea literaria, combinada con la diplomacia?

Si Darío era un rebelde literario opuesto a dogmas, si fue un rebelde social en el fondo, por necesidad, si se quiere, y porque quizá no pudo soportar la estupidez de las princesas y de los príncipes criollos, cabe pensar que al poeta le atrajo la masonería también porque, siendo él tan grande como poeta, no podía ser menos dentro de los niveles de la sociedad en que se movió a su regreso de París. Pero pudo suceder que a Darío también le interesase solidarizarse con lo que es uno de los objetivos de la masonería, aparte de su función filantrópica, que es «su inclinación por el estudio de las ciencias y de las artes». Pero como la masonería «es a la vez un movimiento del espíritu dentro del cual tienen cabida todas las tendencias y convicciones favorables al mejoramiento moral y material de género humano»¹⁶, existe un paralelo común de eclecticismo con el modernismo que Darío acaudilló, que acepta también todas las tendencias universales, con la diferencia de que el de Darío era un movimiento estético y el otro pretende ser un movimiento moral. Pero aun aceptada esta concepción, ya Rubén Darío en sus «Peregrinaciones» marchaba como guiado por la mano de Dios hacia la búsqueda de su mejoramiento espiritual. Recuérdese que cuando visitó por primera vez Italia, abandonando su París pompaduresco y bohemio, se detuvo por primera vez en una cartuja con carta de recomendación para el prior don Bruno, hecho que él recuerda en su *Autobiografía* con aquellas palabras claves de «rerum novarum» de modernismo espiritual: «Aumenté mi religiosidad y admiré la fe y el amor al silencio de aquellos solitarios»¹⁷. Es posible que desde ese instante Darío hubiese sentido el álitio de un cambio que lo empujara a una mejor vida, antítesis de la anterior, pagana y licenciosa.

Aún se discute si la masonería es una religión. No lo era quizá para

¹⁶ Véase el artículo «Masonería», *Enciclopedia de la cultura española* (Madrid: Editora Nacional), 1963, pág. 241.

¹⁷ Darío, *Autobiografía*, pág. 183.

Darío, pues si fue cierto que se hizo masón a su regreso glorioso de medios internacionales paganizados y racionalistas, su fe fue aumentando con el peregrinaje de su alma por otros medios donde la fe prima sobre la razón, que es la antítesis de la filosofía masónica al decir de los «doctores de la Iglesia». Ni siquiera ese aspecto filosófico le pudo interesar a Darío de la masonería. ¿Qué? ¿La rebeldía? ¿La distinción? ¿La igualdad? ¿El altruismo? ¿La práctica de las virtudes morales? Quedan todos los interrogantes en pie, menos el último, porque Darío, al visitar Roma y el santuario Montenero, se inclinaba ostensiblemente por las prácticas cristianas: «Fui a Arduza y en el Santuario Montenero recé una Avemaría a la Virgen Milagrosa, amada de los marinos, visitada por Byron y otras conocidas testas.» Su religión, a no dudarlo, era el catolicismo, fe con la que murió. Lo que parece y no un contrasentido es saber que Rubén Darío, naturalmente antes de ser masón, visitó al Papa León XIII, líder del modernismo social en el mundo, y le atrajo su presencia y hasta le consagró un himno en prosa. Lo sorprendente es que el mismo Papa, de quien Rubén Darío recibió la bendición papal y hasta un crucifijo de regalo, ese «viejecito de color marfil quien lo bendijo», fue el mismo que había condenado la masonería en 1884. Posteriormente, en Mallorca, el Darío monje, como lo pinta Vázquez Díaz, se acerca a la Iglesia como arrepentido de su vida epicúrea. Y aquel que había sido pagano de una literatura que rinde culto a los mitos clásicos, aquel que fue atraído por los ambientes frívolos y báquicos presididos de sátiros y «satiresas», ese Darío pagano, anticlerical y pecador, vésele de pronto convertido al cristianismo ejemplar: se dice que lee *La imitación de Cristo*, medita y cae conrito de rodillas en un acto de visible arrepentimiento. Fue cuando por primera vez se acercó a un confesor para expresar su *mea culpa* ante un representante del clero contra el cual había sacudido sus famosas décimas. Arrepentido tan ostensible y sinceramente Rubén Darío, ¿se confesó allí en Mallorca de haber sido anticlerical y masón? La respuesta habrá de ser positiva, como quiera que su novela inconclusa *Oro de Mallorca* es un trasunto de sus más sinceras rectificaciones. Otro claro indicio de que el anti-jesuita de antaño se ha convertido es que quiera ser cartujo y se duela con su protagonista de no haber sido un Iñigo de Loyola. Acto de fe pública fue su última confesión al borde de la muerte, en que respondió un rotundo «sí creo» a todo el interrogatorio del obispo en materia de fe. Creyó y murió creyendo en el Cristo de marfil sobre su pecho, aquél que otrora le obsequiara Amado Nervo. Murió salmodiando no *Prosas profanas*, sino avemarías con el rosario en la mano. Y lejos de su anticlericalismo, cerró sus ojos para siempre rodeado de

casullas y sobrepellices para ser conducido al seno de la Iglesia. Y aquel poeta anticlerical y masón, que vivió vacilante entre la catedral y las ruinas paganas, yace, levantado en el aire, como volando sobre columnas, hacia el azul, junto a la catedral cristiana de su patria.

RAMIRO LAGOS

University of North Carolina
at Greensboro, North Carolina
(EE. UU.)